

luégo manda Dios que sean suspendidos todos los jefes de familia, y perecen al filo de la espada hasta veinticuatro mil hombres. Pretenden los impíos usurpar el oficio sacerdotal, y la tierra abre sus gargantas, precipitándolos en las lobregueces del infierno. Desprecian los judíos al Dios de Sion, ofreciendo á los ídolos el incienso debido á la Majestad divina, y los carga de cadenas, incendiando su templo y su altar, y trasportándolos á las cárceles de Babilonia. ¿Qué es esto, amados míos? ¿Qué quiere decir tanto castigo? ¿Qué tanto azote como se vió en los siglos pasados, y mucho más en los que precedieron la venida de Jesucristo? Que, declinando el hombre al mal y apartándose de las leyes que Dios imprimió en su corazón, necesitó de la vara de hierro para amaestrarse y entender que no en vano había Dios impreso su imagen en nuestra alma; no en vano había dado su luz á nuestros entendimientos; no en vano había revelado á los hombres que quería ser adorado como Soberano único y universal de cielos y tierra. ¡Ah! Cuando considera el hombre, libre de error y de pasiones, la fuerza que esta ley debía tener en el corazón, y la ve tan postergada; cuando advierte que todas las demás criaturas siguen ciegamente el camino trazado por el Omnipotente, y que sólo el hombre, abusando de su libertad, la desprecia, se ve precisado á dirigir su voz á la naturaleza, y, hablando con sus inferiores, congratularse con ellos y decirles: ¡Oh felicesavecillas, que con dulces acentos saludais la aurora, alabando, sin conocerlo, al Dios que os crió! ¡Oh dichosos astros, que en vuestros fuegos siempre nuevos y en vuestras órbitas nunca variadas tenéis cincelado, por la mano del Soberano, un precepto de amor que no conoceis y practicais, enseñando al hombre el modo de estar en el fuego de amor divino y de dirigir sus pasos hácia Aquel que es el centro y fin de toda criatura! No lo dudemos; todas las criaturas llenan

el ministerio á que fueron deputadas; el cielo, la tierra, los mares, los reptiles, los cuadrúpedos y las aves, todos obedecen á su Dios; sólo el hombre desconoce el dominio del Omnipotente; sólo él le niega lo que es suyo, no viviendo conforme al designio que se propuso el Criador; «pero la ley, dice San Pablo, habla á todos los que están comprendidos en ella, para que todo el mundo se sujete á su Dios.» (Rom., III, 19.) Una ley hay, pues, que no necesita de promulgacion para el hombre, y esta ley hace parte de su compuesto, por decirlo así; ley tan indestructible como el espíritu humano; ley más eterna que el hombre, pues no tuvo principio, y esta ley es la verdad; sí, la verdad, tan eterna como Dios, tiene su santuario en el corazón humano, y allí publica sus oráculos, y el primero que enseña al mortal es el demostrarle que no se hizo á sí mismo, que debe su existencia á otro sér independiente, infinito, eterno y sábio por esencia; que á Él debe, con su existencia, su amor y sus homenajes, y que la razón que posee la ha participado de este Sér divino, y que sus acciones, sus movimientos, sus palabras y deseos se han de conformar con esta rectitud inmutable, eterna é invariable, sometién dose á sus luces y obedeciendo á su imperio. *Subditus fiat, omnis mundus Deo.*

Queda, pues, demostrado que Dios dió al hombre una alma racional inteligente, discursiva y espiritual, dotándola de las luces de su divina naturaleza, para que correspondiese á tanta bondad del Criador; este fué el fin de la creacion del hombre: conformar, pues, nuestra vida y nuestras acciones con la imagen que llevamos en nuestra alma, no pasar un ápice de las leyes que nos prescribe la Religion, debía ser la única ocupacion de los mortales; entónces Dios se portaria con nosotros como padre compasivo y como amigo fiel, dispensándonos, aún en esta vida, favores tan singulares, que no envidiaríamos

los de la otra ; pero cuando el hombre cierra los ojos á esta luz ; cuando por sus repetidas resistencias á la gracia y á las luces de la verdad se obceca en el error y se obstina en la mentira , Dios le quita , para su desgracia , la Religion que le diera para su felicidad.

SEGUNDA PARTE.

No es Dios un tirano que ponga sus glorias en la perdicion de los hombres ; no es un Soberano injusto que exija de sus súbditos cosas imposibles , pues su yugo es suave y su carga ligera : no es un Dios expuesto á las pasiones de la ira y de la venganza , como los mortales ; el atributo de que más se gloria es la bondad y misericordia ; porque si bien todos son iguales por identificarse con la esencia divina , pero si examinamos con atencion los efectos de estos atributos manifestados á las criaturas , el de la misericordia parece que preside y sobresale entre los otros , como el sol entre los densos cuerpos celestiales : su omnipotencia se manifestó al haber sacado de la nada este mundo visible ; su sabiduría se descubre en el régimen admirable de tantos cuerpos animados é inanimados que siguen el impulso ó el instinto que les dió su Criador ; su providencia en haber hecho todas las cosas en número , peso y medida , y en conservarlas en las mismas esencias con que salieron de sus manos ; pero su misericordia excede y sobrepuja , segun el Profeta , todas las demás obras : *Miserationes ejus super omnia opera ejus* ; y si comparamos este atributo con el de la justicia , ¿quién no se admira al considerar que , desde la creacion del mundo hasta su fin , Dios destinó todos los años , dias y momentos para derramar su misericordia sobre los hombres , reservando sólo un dia , que será el último , para manifestar los ri-

gores de su justicia ? Todas las páginas de los dos Testamentos nos convencen de esta verdad ; en todos los acontecimientos memorables , y aún en aquellos en que fué afligida la humanidad , Dios se nos representa misericordioso , compasivo y paciente , y por una conformidad admirable , todos los Profetas que florecieron en diversas edades se unen para llamar á Dios suave , manso y benigno , y que conserva su misericordia para miles de generaciones ; así es que este Dios , hecho hombre , no hizo sino manifestarnos su misericordia , ya enseñándonos á llamarlo con el dulce título de Padre , ya diciéndonos que Él es manso como un cordero , bueno como un pastor , y tierno como una madre ; así es que San Pablo y los otros Apóstoles no lo llaman en sus cartas sino Dios rico en misericordias , Dios que se excede en amarnos , Padre de misericordias y Dios de todo consuelo.

Pero no nos engañemos , amados míos ; no creamos que la misericordia de Dios absorba y haga desaparecer todas las otras perfecciones ; ante todo , Dios es Dios fuerte , Dios celoso de su gloria , pues al dar su ley en el Sinaí , ántes de enseñar á los israelitas sus preceptos , ántes de manifestarles su pacto de amorosa alianza , les dice con voz de trueno : *Ego sum Deus tuus , fortis , zelotes* (*Exod.* , xx , 5) , y este celo consiste precisamente en que , siendo uno por esencia y no pudiendo haber más Dios que Él , es acreedor á los homenajes de cielos y tierra , de los ángeles y de los hombres , y no puede permitir , sin dejar de ser Dios , que se dé á otro la gloria que le es debida : *Et gloriam meam alteri non do* ; y Dios quiso grabar este principio tan profundamente en el corazón humano , que despues de haberlo repetido mil veces por sí ó por su legislador Moisés , dice últimamente que su nombre es Dios celoso : *Dominus zelotes est nomen ejus* (*Exod.* , xxxiv , 14) . De modo que si ántes de sacar á Israel de Egipto , Dios dice á Moisés que no tiene que darle

otro nombre que el de Dios, que es de sí mismo y por sí mismo, es decir, de un Dios que existe necesariamente, Dios eterno, inmutable, y con todo el lleno de sér: *Qui est, misit me ad vos (Exod., III, 14)*, ahora descubre á toda la tierra que su nombre es el de Dios fuerte, Dios celoso; y así, tanto importa decir que Dios es eterno, infinito, inmenso, único, inmutable, justo y santo, como afirmar que es Dios fuerte, celoso de su gloria y vengador de los ultrajes que se hacen á ésta, como afirma el profeta Nahum (1, 2): *Ego sum Deus tuus fortis, zelotes nomine jus.* Si su misericordia, pues, es más inmensurable que la distancia que separa al cielo de la tierra, el celo de su honor, el imprescriptible derecho de ver inclinada ante su Majestad infinita toda rodilla, es tan inconmutable, tan indivisible y tan indefectible como su divina esencia.

Ahora, pues, siendo este derecho exclusivo de la Divinidad, y habiendo Dios, no sólo plantado en el alma racional el gérmen de la Religión, sino manifestado á los hombres que quiere ser adorado; cuando éstos no corresponden á los llamamientos de este Dios; cuando, abandonada la verdad, abrazan el error; cuando, despreciando al Criador, se convierten á las criaturas y las adoran, ¿qué exige el honor de este Dios ultrajado? ¿Qué exige su justicia? ¿Qué el celo de su gloria? Por grandes que sean los tesoros de la misericordia, los cierra el corazón perverso, y hace que Dios empuñe la espada de su justicia, quitando á los hombres ingratos las luces de la fé: *Auferetur a vobis regnum Dei.* Castigo espantoso, más temible que las guerras que asolan los pueblos, más formidable que las pestes y las hambres, más horroroso que las sacudidas de los montes y las erupciones de los volcanes; en todas estas plagas que de vez en cuando cubren de luto á la humanidad, Dios obra como Padre amoroso que con la vara castiga á su hijo para su mayor bien, como dice San Agustín; pero al quitar á los pueblos la fé ya es

un Dios irritado, un Juez inexorable, que da el fallo al criminal, sin apelación de la sentencia. No intento afirmar que Dios quiera la condenación de los hombres, lo que sería dar favor á la reprobación positiva de Lutero; pero sí diré, con el mismo Padre, «que Dios no endurece jamás el corazón humano, dándole la malicia, sino negándole la misericordia (Ep. 194), por haberla despreciado: sí diré que llega el caso en que, según un Profeta (Ezequiel, x, 42), Dios no se enoja contra los hombres, descansa su ira é indignación, y se retira su celo: *Auferetur zelus meus a te.* Pena gravísima, repito con San Jerónimo, cuando los hombres son abandonados á sus maldades y pecados, y sobre ella hizo el sábio Orígenes (Homilía 8.^a in *Exod.*) una reflexión que debiera estar bien arraigada en nuestras almas. «Observemos, dice este elocuente expositor, la misericordia, la piedad y la paciencia de Dios; cuando quiere usar de misericordia, dice que le aira y le indigna, como cuando dice por Jeremías que Jerusalén será corregida con los dolores y los azotes para que su alma no se retire de ella; esta es voz de Dios que ejerce su misericordia echando mano del castigo, que emplea su férula en el hijo á quien ama. Pero ¿quereis oír una voz terrible del Dios enojado? Escuchad lo que afirma por Oseas, después de haber referido los crímenes de Jerusalén; ya no visitaré los pecados de vuestras hijas, ni los adulterios de vuestras nueras (Osæ., 4): *Auferetur zelus meus a te.* Nada me importa ya, dice este Dios á los hombres que no corresponden á las inspiraciones de su gracia; poco se me da que deis el honor á mí debido, á las criaturas; sean vuestro ídolo las riquezas, ó el mundo, ó la carne, ó vuestro mismo corazón; ofrezcad vuestros inciensos á la mentira y al error; ya no cuidaré sino de vuestro exterminio en el día de las venganzas: *Auferetur zelus meus a te.*

Y este castigo cae sobre los hombres cuando la false-

dad ocupa el lugar de la verdad, la hipocresía el del corazón sincero, la superstición el de la Religión; en una palabra, cuando los hombres, dejando el culto verdadero de su Dios, no observan sino lo que agrada á sus caprichos; no hay otra causa, no, pues así lo dice el Señor con estas terribles palabras, dirigidas á un pueblo que algun día fué muy religioso: «porque este pueblo se acerca á mí con sus palabras y me glorifica con sus lábios, estando su corazón lejos de mí, y porque me da un culto según los ritos y documentos humanos, por esto yo haré una cosa admirable en él, un prodigio grande y estupendo; perecerá la sabiduría de sus sábios y desaparecerá la ciencia de sus hombres prudentes.» (*Isaie*, xxix, 13, 14.) ¿Quién lo duda? Dios, desde el principio del mundo, manifestó á los hombres que quería ser honrado con un culto visible, como se ve en las ofrendas de Abel y Cain; pero nada vale el culto exterior sin la sinceridad del corazón, pues por faltar esta circunstancia Dios reprobó los sacrificios del segundo y aceptó los del primero; la Religión hubiera podido subsistir sin culto exterior; pero habiendo criado Dios al hombre sujeto á los sentidos, hay una exigencia imperiosa en el fondo de la naturaleza humana, que arrastra al hombre á manifestar por una acción física lo que pasa en el interior de su corazón; así se ve que aun en los cultos más groseros del paganismo se observan las humillaciones y postraciones materiales, las libaciones y los sacrificios, y esto mismo nos enseñan los libros ceremoniales y legales que Moisés escribió, dictado por el Espíritu Santo, para instrucción del pueblo hebreo, pues en ellos se fijan ciertos días de reunión del pueblo alrededor del santuario, se prescriben ayunos y sacrificios, se indican cánticos y se ponen distinciones de sacerdotes, levitas y pueblo, para que unos ofrezcan al Señor los holocaustos, otros entonen himnos, y otros oigan en silencio las divinas alabanzas; cuanto más

avanza el mundo en edad, tanto más corroborada queda esta verdad; pues Jesucristo, al instituir los Sacramentos de la nueva ley, no quiso que los hombres recibiesen la gracia de estos Sacramentos sino mediante signos sensibles y exteriores, representativos de la gracia interior. Sí, amados míos: el culto exterior es un espectáculo continuo donde se representa á lo vivo la grandeza de la misericordia de Dios, los secretos de su divinidad, su poder y su omnipotencia, de que echó mano para salvar al hombre; y como éste es tan material, necesita de demostraciones exteriores, de cosas que impresionen su imaginación, para permanecer en lo que aprendió una vez en teoría. Pero ¿qué dice el mismo Jesucristo cuando nos habla del culto que le debemos? Dice que los verdaderos adoradores han de dar un culto en espíritu y verdad: *Veri adoratores adorabunt in spiritus et veritate* (Joan.); no reprueba el culto exterior que el mismo establece; pero si éste no va acompañado del interior, es un culto fingido, culto hipócrita, culto que, en vez de aplacar al cielo, lo arma de sus rayos vengadores, arrancando del corazón humano la Religión y la fé: *Auferetur a vobis regnum Dei*.

Sí; el santo rey David había publicado esta verdad muchos siglos ántes, y voy á referir todas sus palabras (salmo XLIX, versículo 7 y siguientes): «Oye, ¡oh pueblo de Israel! yo soy Dios y Dios tuyo; no te reprenderé por tus sacrificios, que tengo siempre á mi vista; no necesito de tus becerros ni de tus cabritos, pues conmigo está la hermosura del campo, mío es el cielo y la tierra; pero ¿sabes lo que yo quiero de tí? Que me ofrezcas sacrificios de alabanza y cumplas los votos que ofreciste al Altísimo; pues al paso que te presentas ante mis aras, has aborrecido la enseñanza de tu Dios y has postergado mis palabras; veías al ladrón y corrias con él, poniendo tu parte con los adúlteros; tu boca está llena de malicia, y

tu lengua no medita sino engaños; pasas todo el día hablando contra tu hermano, y siéndole causa de escándalo: ¿piensas, ¡oh malvado! que yo soy semejante á tí? En medio de tantas maldades yo he callado, pero yo te argüiré en el día de mi ira; no me agradan, pues, tales sacrificios, y sólo me complazco en aquellos que se me ofrecen con corazón sincero, pues son el camino de la eterna salud.» Este culto exige Dios de nosotros, amados míos; y al oír sus fulminantes palabras, ¿quién no se estremece? ¿Qué ministro del Señor que tenga verdadero celo no temblará al subir á este lugar á publicar esta sentencia terrible, tan adaptable al siglo XIX del Cristianismo como al último de la sinagoga? *Auferetur*, etc. Sí, lo repito sin temor; porque consistiendo el culto verdadero en la práctica de las virtudes y en el amor al prójimo, este siglo, infatuado en su decantada razón, las ha desterrado de la sociedad, pretendiendo plantar virtudes que él llama «sociales;» la Religión no es posterior al hombre, pues es tan eterna como Dios; el hombre, sí, fué hecho para la Religión y para que regulase su vida según sus dogmas inmutables: ¿qué idea se tiene de sus verdades hoy día? Ni los vicios ni las virtudes conservan su idea primitiva, sino una acomodada al gusto, á la condición, al temperamento, á la edad y á las circunstancias en que se encuentra cada cual; el soberbio ambicioso se precia de aborrecer la maledicencia y la injusticia, y cree que es en él una virtud ese deseo que le impele á subir y mandar, porque la ambición es una pasión noble, propia de corazones grandes y madre de los héroes; para el voluptuoso nada son los honores, y, en su parecer, el fomentar una pasión de ternura no es sino una pequeña debilidad inherente á la especie humana, y que Dios no puede castigar en él sin proscribir al género humano todo entero; todas estas cosas son niñerías para el maldiciente; la franqueza, la libertad, la verdad, son de su

gusto, porque si bien no hay persona exenta de su censura, pero él nunca miente; y si los otros no dieran motivo, él no los criticaría; cree el anciano que porque su edad no engendra sospechas, puede permitirse libertades, aunque sea con sacrificio de la inocencia; piensa el joven que su edad le autoriza á vivir aturdido, disipador y libertino; juzgan los ricos que pueden pasar su vida en diversiones y placeres para parecer señores; creen muchos devotos que pueden sin escrúpulo ser vengativos y maldicientes por la gloria de Dios; con el nombre de libertad mal entendida se creen muchos autorizados á atacar la Religión, á injuriar á los ministros, á despojar el santuario, á reformar la Iglesia, á alterar la disciplina, á minar el dogma, no siendo todo esto para ellos sino luces, adelantos, progresos, civilización, igualdad; la razón, en fin, que lo mide todo.

Añádase á esta sustitución que se ha hecho de lo verdadero con lo falso la falta de caridad: ¿dónde está este signo distintivo de la Religión? La caridad de este siglo es una caridad llena de la crítica más severa, que ve la pajita en el ojo ajeno sin advertir la viga en el propio; una caridad que, bautizada con el nombre de filantropía, hace sus dádivas mezquinas á son de trompeta, mientras permite que perezcan en silencio el pupilo desamparado y la viuda vergonzante; una caridad semejante á la de Caín, que mira con desden á sus hermanos; una caridad como la de Judas, que, con pretexto de socorrer á los indigentes, despoja á Dios y á su templo de los donativos piadosos. Y al mismo tiempo se ve asistencia asidua á los templos, Comuniones frecuentes y exterioridades sin número; mucho celo por la gloria de Dios, muchos ejercicios de piedad; ¡amalgama ridícula de oraciones y de murmuración, de Religión y de hipocresía, de devoción y de licencia!

Esto no es dar culto á Dios; esto no es corresponder